

Estudio el semblante del mesero que nos atiende en la cafetería donde somos las únicas clientas; la tela sobre el rostro no alcanza para la inquietud. Leo el hartazgo pandémico de Paula y Abigail al sacarse los tapabocas con impaciencia. Aprovecho la salida para resumirles [la historia en mi blog](#). El mozo interrumpe para servirnos café. Abigail aprovecha para hacer una foto de su taza y decir:

—La tipa está en otra.

—O le gusta otra. ¿Tanto le cuesta a la gente ser sincera? Yo me quedé con baja autoestima después de mi ex.

—No por eso hay que satanizar los cuernos, Pauli. Es normal sentir atracción por otros.

—Abigail: la abogada del diablo.

—¡Qué exagerada sos, Pauli! No creo nomás en la monogamia...

—¡Abi, no estamos hablando de eso!— La interrumpo.

—Perdón, Claudia. Necesito recordarles nomás, por lo visto, lo mal que me trató Carlos cuando me dejó por contarle mi desliz. No lo considero un motivo para terminar.

—¿Cómo que no? Yo me sentí usada por mi ex, por eso lo dejé.

—Eso es distinto. Muy *inocentona* ya fuiste con ese tipo, Pauli. Me molesta luego la gente así, como mi mamá por ejemplo: destruida se quedó cuando mi viejo le engañó porque su mundo giraba alrededor de él.

Abigail persiste en su análisis mientras pagamos la cuenta y vamos al baño. Prueba un filtro del celular que agrega orejas de gato, estira mi brazo y llama a Paula para sumarse a la fotografía. Pero a Paula no le gustan sus retratos, escapa de él argumentando que podrían imputarnos. Sus parejas la definieron, como fea, gorda o pálida. Me acerco al espejo para examinar los puntos negros de mi rostro, quiero presionar uno. La imagen que tenemos de nosotras no coincide con la que observamos. Una vez leí que Lacan destacaba el momento en que nos miramos al espejo por primera vez: nuestras partes nos resultan ajenas. Presiono un punto justo en el medio de mi nariz, pero Abigail me detiene con un manotazo.

Paula se aproxima al lavamanos, un amplio chorro de agua se escurre mientras declara que su novio olvidó su aniversario. Agrega otro antecedente: meses atrás, le regaló un disco; dibujó una portada y hasta tradujo las letras al español. Él lo recibió con una mueca de incomodidad y para aligerar la evidencia respondió que lo colocaría en un altar.

Escucho el testimonio con pena, pero Abigail la condena:

—¡Sos tan melosa! Yo también era así y sufría por amor.

*

[Mensaje en mi blog.](#)

Para sosegar me doy un paseo en bicicleta. Me cruzo con bandoleros a cara descubierta, y deportistas con sus mascotas y teléfonos. Una pasarela de negocios cerrados; en la esquina sobrevive la última peluquería. Tiene un anuncio sobre sus ofertas pegado a la puerta. Adentro una mujer mayor contempla la avenida con angustia. Me siento al lado de los escombros de una bodega, observo a través del vidrio; aún conserva los esqueletos de publicidades de bebidas alcohólicas. Dibujo una cara feliz sobre el polvo del cristal, donde debería ir mi rostro.

*

Me sirvo en un vaso la cerveza hasta que la espuma llega al borde y abro el [chat grupal con mis amigas](#).

Traigo otra cerveza de la heladera. Distrayo mi cabeza con un documental de un hombre que observa a la cámara fijamente exponiendo su anodina cotidianidad: camina, almuerza, sube a un vehículo. ¿Será que yo también soy así? Su falsa comodidad me incomoda. Estaciona, fuma, se ríe. Corte. Busco otra cerveza. Lloro y se desviste. Me hipnotiza ese egocentrismo absorbente con el que describe su inmensa experiencia como *performer*.

[Me llegan notificaciones del blog](#). Un remolino que nos absorbe para ser el centro del universo. Voy a dormir con la cabeza dándome vueltas.

*

Despierto con resaca. Tomo una ducha. El espejo del baño se empaña y lo limpio con la mano. Me disgusta mi cabello: tiene flores en las puntas y perdió el molde. Voy a la peluquería que descubrí ayer. La mujer está sola. Me hace pasar con amabilidad.

—¿En qué te puedo servir, señorita?

—Un corte, por favor.

—¿Ya sabes cómo querés?

—Un cambio de *look*, algo bien corto.

—Vos no sos de por acá ¿verdad, mami?

—No, la vez pasada nomás vi su cartel.

—Yo estoy hace 15 años acá. Las chicas se van todas al *shopping* nomás ahora. Les queman el cabello y después vuelven acá desesperadas para que les arregle, pero se tienen que cortar únicamente. Con la crisis hay menos movimiento todavía.

Por la pared se extienden certificados de cursos de peluquería junto a cuadros de modelos. En la repisa tiene un trofeo y un diminuto pesebre. Alcanzo una revista de la mesa. Descubro debajo, una fotografía de la peluquera junto a una mujer más joven y un niño en brazos.

La mujer pasa un delantal por mi hombro y moja mis cabellos; quedan aplastados por mi frente. El tacto frío de las tijeras en la nuca me da la piel de gallina.

—¿Tenés novio, mi reina?

Elijo mentir.

—No.

—¿Por qué *piko* si sos tan linda?

—Terminamos. Por eso vine.

—¡Ah! Qué suerte no te cortaste sola entonces.

Logra hacerme reír. Me acomodo en el asiento y la mujer sube mi para hacerlo regresar a la posición inicial.

—¿Ya tenés otro candidato en la mira?

—No, ni pienso tener.

—¿Por qué? Es muy triste la vida sin un amor por ahí. No da gusto sentirse sola.

Espío la foto nuevamente, deben ser su hija y su nieto. Distingo otras imágenes: eventos de peluquería, bautismo y ningún casamiento. Quizás si le doy la razón podría remendar algún corte dentro suyo. Quizás la conmueva saber que me hicieron el vacío y, entonces, hablará sobre el padre de su hija, quien nunca se hizo cargo. Incluso tuvo otra familia, pero que al menos, le dio el apellido.

La mujer pasa talco por mi cuello, luego un cepillo y me sacudo como puedo. ¿Para qué contarle? La gente solo da consejos para sí misma. Orgullosa de su creación estira otro espejo, los enfrenta para que observe mi espalda, y yo sonrió a la mujer en el espejo.